

EL MOSTRADOR DEL PESCADERO

(Nápoles)

Están en grupos sobre una plancha de mármol ligeramente inclinada, algunos sobre la piedra húmeda, colocados sobre un poco de musgo negruzco, otros en bandejas planas oscurecidas por el agua.

Cubiertos de escamas de plata, algunos arqueados hacia arriba, como el brazo armado de un escudo, de modo que la plata se tensa y brilla en él. Cubiertos de escamas de plata, otros atravesados, de plata antigua *veteada de negro*, y sobre todos ellos, uno con la boca abierta que parece girarse desde el grupo que está tras él.

Después de ver su boca, empiezan a verse, aquí y allá, otra, y otra, bruscamente giradas hacia fuera, quejándose. Y después se ven (tras una reflexión, quizá) los ojos. Todos esos ojos planos, laterales, como cubiertos por cristales de reloj, en que han convergido, disueltas en agua, todas las imágenes del tiempo en que veían. No otra cosa fueron entonces, igualmente indiferentes por falta de mirada: pues el agua no era capaz de guiar las miradas; igualmente faltos de expresión, faltos de hondura, vacíos, como las luces de los coches durante el día.

Pero *impulsados* a través de la resistencia y el movimiento de aquel mundo más denso, se lanzaban, silenciosos y seguros, dibujo tras dibujo, hacia delante, con gestos y giros, con una consciencia que nos resulta desconocida. Silenciosos y seguros avanzaban, tras una decisión rotunda, sin traicionarla; silenciosos y seguros se mantenían, durante días enteros, frente a la corriente, envueltos en ella, oscurecidos a veces por la huida de sombras.

Pero ahora están arrancados de los largos filamentos de sus miradas, tendidos, sin que por ello sea posible penetrar en ellos. La pupila como recubierta de un tejido negro, bordeada por una ceñefa que es como un oro fino en láminas. Con un sobresalto parecido al que se siente cuando al morder se nota algo duro, se descubre la impenetrabilidad de esos ojos, y se tiene la sensación, al mirar la mesa, que se está ante puro metal o piedra.

Todo lo curvo resulta duro a la vista, y el amasijo de peces relucientes y con forma de punzón parece un montón de herramientas con los que otros, que tienen apariencia de piedra, han sido pulidos. Y allí al lado están: ágatas redondas y lisas, atravesadas por venas marrones, pálidas y doradas, fragmentos de mármol rosado y blanco, piezas de jade cuidadosamente pulidas en redondo, topacios a medio labrar, cristal de roca con picos de amatista, ópalos que fueron medusas. Y una capa muy fina de agua detenida los recubre a todos, y los separa de esta luz tan extraña para ellos, que están cerrados como recipientes a los que se ha tratado de abrir sin conseguirlo.

Verano de 1907

[CONJURO DE LA TORMENTA]

[Escrito para Regina Ullmann]

Tormenta, tormenta,

¿qué pretendes hacer aquí, donde es tanta la indigencia, y son tantos los destinos y los seres incomprensibles?

¿qué vienes a hacer sobre esta casa, en la que no estamos seguros ni ante nuestra propia vida, en la que vivimos como fugitivos junto a la huida, que ha entrado con nosotros?

¿qué vienes a hacer sobre nosotros, que estamos cansados y hemos dejado nuestro coraje fuera, en campos asustados?

...¿qué quieres de los árboles, que son más viejos que el más viejo de nosotros? ¿Tienes algún recado para las cenizas de quienes los han plantado? ¿Y al viejo este, por qué le interrumpes en su recordar inacabable? Y nosotros, inquietos, estamos aquí sentados, torpes, con una fuerza que es como plomo en nuestras espaldas, y no tenemos nada que hacer en tanto tú actúas. Y los niños se han despertado y se sorprenden, y hay como una cólera en el aire que la madre no puede disipar. Ella estrecha los pequeños rostros, uno tras otro, sobre sus rodillas, pero cada rostro *sabe* y nada puede discurrir como antes. Tormenta, tormenta, ¿qué pretendes aquí, donde todo es hermoso, si no puedes añadir nada? Hay vida aquí, y en los intersticios hay muerte. Hay dolores aquí, de todos los tamaños, y una pequeña semilla de felicidad en algún arca. Todo está completo, puedo asegurártelo, incluso lo que está roto, también la ceniza en el hogar, incluso las mondas de las patatas. Y el crujido de la madera y la oscuridad bajo la escalera, y todo lo que pueda aún entrar.

Deja que las fuerzas se unan a las fuerzas, Dios eterno, y no vengan a caer sobre nosotros.

Tormenta, tormenta, ve hacia la Virgen María (¿no la conoces?), hazte tan fuerte como quieras, ella te querrá, pues ella es más fuerte que tú. Jugará contigo, y no advertirá que eres terrible: pues es más fuerte que tú. Te cogerá entre sus manos, como si fueras un gran tábano, y se dejará picar por ti, y en su mano no habrá dolor, sino sólo consuelo en tu aguijón...

2 de julio de 1914

Estoy entre tinieblas, como ciego.
Mi mirada no encuentra tu camino.
El vaivén alocado de los días
es como una cortina que te oculta de mí.
La miro: se alzaré
esa cortina que esconde mi existencia,
el peso de mi vida y su sentido.
Y que es en realidad mi muerte.

A Lou Andreas-Salomé
29 de diciembre de 1898

Nunca fueron tan rojas unas rosas rojas
como aquella tarde cubierta de lluvia.
Pensé largamente en tus dulces cabellos...
Nunca fueron tan rojas unas rosas rojas.

Nunca fue tan verde el arbusto oscuro
como aquella tarde en tiempo de lluvia.
Pensé largamente en tu blando vestido...
Nunca fue tan verde el arbusto oscuro.

Nunca fue tan blanca la flor del peral
como aquella tarde que se hundió en la lluvia;
y miré tus manos, tan bellas y finas...
Nunca fue tan blanca la flor del peral.

Reflejaba el agua las tierras oscuras
en aquella tarde que encontré en la lluvia;
y pude mirarme dentro de tus ojos...
Reflejaba el agua las tierras oscuras.

A Paula Becker
9 de septiembre de 1900

DE LA MUERTE

Apuntes de Worpswede

I

Dondequiera que vaya... quisiera preguntar
por qué he salido de la casa en que
los viejos relojes me decían las horas
con una voz a la que debo tanto.

Hay demasiado silencio en el sitio al que voy.
El sendero me lleva, mudo, como si fuera lluvia.
El viento ha recorrido otra avenida,
en la que, ya marchitas, se balancean las ramas.

Van creciendo, en la negra marisma, callejuelas de agua,
en las que el sol, inquieto, vibra y tiembla,
y cuando un brazo se extiende desde un sauce,
no soy más que una cosa que se deja agarrar...

CICLO DE POEMAS PARA MADELEINE BROGLIE

IV

Yo no he unido mi voz a la de esos poetas
que te anuncian, o pronuncian lamentos
sobre ti, y pretenden proclamar tu belleza
cuando dicen: es que no es de este mundo.

¿De cuál entonces? ¿Hay alguno que quede
sin aliento ante ti, con todos ellos?
Si hay alguno con temor a perderte,
y siente ese temor, tú logras aplacarlo,

como éste que está aquí, al que de cuando en cuando
tu rostro le sonrío, como viniendo de lo más profundo,
en silencio, rehusando su tristeza: ve, gira,
nada temas por mí; ya ves: existo...

No ha sido aquí donde millares de cosas han pasado,
donde no ha bastado lo que es casi inefable
para hacer que de todo lo que forma tu alma
lo cercano parezca que está lejos, y lo lejano cerca.

¿No fue acaso *este* mundo donde el dios
nació del animal y se hizo claridad sin nombre:
a fin de que tú misma pudieras acogerlo, como si
fueran rosas,
y llevarlo como un estanque? ¿No fue aquí?

Dónde duraron, perdidas en el clamor
del pueblo, esas vidas dolientes, silenciosas,
para dar una vez, prensadas en el temblor de tu corazón,
lo dulce de tu tristeza, como dan
miles de rosas una gota de esencia.

Dónde estuvo el lugar, en el que la belleza
de mujeres sin número discurrió inútilmente
y como desdeñada, para que un día,
más conmovedora y escogida
viniera a ti.

A ti, instrumento de oro:

que una vez sólo, cuando todas las campanas tocan
(la enguantada mano se acerca como si la guiaran),
el rey roza un instante
para mostrar la altura de su alma.

POEMA

Escrito para Madeleine Broglie

Siempre ha sido lo mismo: llantos, penas,
cogerse a cualquier cosa, y luego risas;
la vida tiraniza a sus guardianes.
Y las almas pasan sin hacer un ruido.

Y ahí estamos nosotros, no sabiendo
de qué huimos ni a qué nos agarramos.
Tenemos en el alma habitaciones
y en ellas habitamos sin encender la luz.

Y nada más. En eso estamos: recipientes
somos que hay que llenar; de qué, no lo sabemos.
Y a veces la oscuridad se apropia de nosotros
como si no tuviera otras cosas que pudiera hacer suyas.

15 de octubre de 1907

PARA LIA ROSEN

¿Quién sabe qué seremos? Que existimos
es un rumor en que creemos cada vez
que nos acordamos de haber sido niños.
Pero al punto sopla un viento grande y pasa
por nosotros como en otoño el viento por toneles
vacíos.

17 de noviembre de 1907

*Escrito para H. St.,
a fin de responder a su poema*

No te fíes de los libros demasiado; son sólo
algo pasado y algo por venir. Agarra
algo que existe. Tu madurez tampoco
será la plenitud. Cada uno es un niño

rodeado de cosas, que supera sin límite
todo lo que en el mundo quiere arrebatarlos.
Tratamos de acertar, hablamos preguntando,
pero todo va a su aire y se basta a sí mismo.

Y si has empezado a vivir tu vida propia,
y tratas de mandar en ella algunas horas:
en lo más pequeño hallarás un maestro
para el que nunca, en el fondo, harás lo suficiente.

A Herbert Steiner
20 de noviembre de 1907

[A MARTHE HENNEBERT]

Cuando al fin la torpeza y la urgencia se alejan
y ahora en ti, criatura nacida de seres ignorados,
en los que nunca llegó a arder una llama,
hay calor al fin y un brillo cálido:

quisiera ser un ángel inspirado,
que se consagre a ti, y entone y toque
acordes que lleven sentimientos
al torrente de tu sangre nueva.

Quisiera como el viento que sopla su secreto
enseñarte de nuevo lo que es un paraíso,
la calma de los prados, el rumor de la arena,
y hacerte conocer lo suave de tus pasos.

Enseñarte una rosa, esa misma, o aquella,
tan lejos de nosotros y a la vez tan bella,
y los cientos de rosas ya perdidas
que aprendes a encontrar en tu regazo.

Mira, mira el río, sus árboles y orillas,
la espalda del pescador tranquilo, su perro,
¿son realidades o sólo dulces sueños?
Todo discurre, amistoso, en lejanía.

Y esta ladera tan suave que nos lleva:
descanemos, soñemos que actuamos,
consintamos que el alma, feliz, nos sobrepase,
cansada de correr como en la infancia.

Siempre es así. Cuando un lugar se aleja
de nosotros, mira: todo espera,
la clara oscuridad y la luz más honda
se reparten sin distinción posible.

Una calma extendida por un tiempo incontable
ondea en el viento, tu sombrero se llena
con las flores, y tus cabellos puros
se mezclan con el mundo, y todo es bueno.

Junio de 1911

PARA LOTTE BIELITZ

Es difícil el descenso hasta Dios. Pero mira:
te agotas de llevar los cántaros vacíos,
y de pronto, resulta que ser niño, joven, mujer,
basta para que Él quede satisfecho sin fin.

Él es el agua: límitate a hacer sólo
una taza con tus manos juntas,
y arrodíllate luego. Pródigamente
hará rebosar tu límite más alto.

23 de enero de 1919

Dios no se deja vivir como mañana leve.
Quien baja al pozo ha de dejar la tierra,
el sentimiento, y entregarse al trabajo:
mantenerse encorvado y dobligar la mina.

A una desconocida
Marzo de 1919

Cómo se aleja todo, convertido imagen.
Asombrados seguimos diciendo que es lo verdadero.
Y cambiamos con ella al paso de los años.
Nos fascina siendo así, invisible.

Por eso, no te inquietes si alguna vez la pierdes.
El corazón va más allá del último horizonte.
Si oyes tu propia voz subir de tono,
así canta el mundo y cantan tus estrellas.

A una desconocida
4 de diciembre de 1919

Qué magnífica queda la llama en la palabra.
El tiempo pasa y no puede apagarla.
Y a nosotros, cuando aparecemos, su paso nos empuja
al interior de esa estructura hecha de palabras.

A Theodora von der Mühl
Navidad de 1919

Caminos de la vida. Unas alas de pronto
nos alzan de esta tierra cansada;
y aún estamos llorando por los cántaros rotos
cuando salta una fuente en las manos vacías.

Beber, beber sin más, en ese cuenco propio
en que el destino, con un trazo secreto, se bifurca.
Piensa: «Soy yo». No me siento responsable de nada,
seguiré en paz si tengo que inclinarme.

Veré amanecer en mis manos solícitas
y mi sombra caerá y se hundirá en el abismo.
No porque pretenda escapar y olvidarme:
porque tiene que hacerse, con la tierra, una.

A una desconocida
Mayo de 1923

[A MARTHE HENNEBERT]

¡Dulce perturbadora!
Con una mano te aparto;
la otra, tierna Marta mía,
te quisiera próxima y propicia.

También cuando huyo te encuentro
en el recodo de mi huida:
despreciable conducta
que mi cabeza reprueba.

A Marthe Hennebert
20 ó 23 de junio de 1926